

TUCAN  10+

# Érase una aldea sin suerte

TERESA NÚÑEZ



edebé



**Érase una aldea  
sin suerte**

Teresa Núñez

# Érase una aldea sin suerte



**edebé**

© Teresa Núñez González, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte  
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia  
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés  
© Ilustraciones: Anuska Allepuz

Primera edición: abril 2013

ISBN 978-84-683-0865-4  
Depósito Legal: B. 2711-2013  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

1. Una aldea feliz .....	7
2. La maga Beremunda .....	17
3. De cómo fabricar un talismán .....	25
4. El guardián de la suerte .....	33
5. La amistad llama a la puerta .....	41
6. Los diablos andan sueltos .....	49
7. Incendio en la botica .....	57
8. Herraduras de oro .....	61
9. Río abajo .....	73
10. Ni suerte ni salud .....	79
11. Editar un bando .....	87
12. La reunión más movida de la historia ...	95
14. El conjuro .....	107
15. Un muchacho sin miedo .....	113
16. Muchasuerte .....	121

17. De lo que acontece cuando ríe una princesa .....	131
Carta del rey Pocasuerte a su amigo Cosme, afincado en el monasterio de San Millán desde el año de la Gran Catástrofe .....	141

# 1

## Una aldea feliz

Cuando se sale de la ciudad, detrás de los edificios de cemento y pasada la suave curva verde que baja hacia el llano, hay un sitio yermo y horrible que ni siquiera tiene color.

Nadie se detiene jamás después de la suave curva verde. Al contrario. Los conductores aceleran todo lo que pueden para perder de vista cuanto antes el horrible lugar. Y todos cierran las ventanillas del coche a cal y canto.

Un día llegó un extranjero y quiso edificar allí una urbanización de chalés, de esos que parecen darse hombro con hombro. Pero

inmediatamente le pusieron sobre aviso y el extranjero se marchó a toda prisa.

Después de él, nadie se atrevió a negociar la compra de aquel terreno. Ni siquiera para plantar patatas, que es una cosa tan fácil. Es más, quien parecía ser el dueño puso un cartel enorme que decía:

**«SE REGALA ESTE CAMPO».**

En realidad, en esa planicie seca y cenicienta en la que ni siquiera viven los insectos, allá por el año de Maricastaña, había una aldea cuyo nombre no recuerdo bien. No se vaya a creer, era una aldea muy bonita. Con casas blancas rodeadas de árboles, vallas verdes y una iglesia a cuya torre llegaban todos los años las cigüeñas.

El único sitio oscuro era la cabaña de la maga Beremunda, mujer pequeña y arrugada, tan arrugada que en sus mejillas no cabían más arrugas.

Se pasaba el día fabricando pócimas y unguentos para curar a los aldeanos.





Las gentes del lugar la buscaban para todo: huesos rotos, dolores de tripas, mal de ojo...

Por lo general, en la aldea se gozaba de buena salud. De vez en cuando, un mulo coceaba a su dueño, o alguien se indigestaba durante la matanza del cerdo por haber comido chorizos y morcillas a reventar. Pero los males se pasaban en seguida con las infusiones de manzanilla y poleo que la señora Beremunda preparaba.

En la aldea no había ricos y pobres, buenos o malos. Todos eran iguales. Si alguien comería alguna maldad, se lo hacían ver sin enfadarse. Y si alguno tenía unas pocas monedas, casi siempre las repartía con los demás.

Trabajaban en sus oficios y no se indisponían con el vecino. Discutían los problemas sin que prevaleciese la fuerza.

Y eran libres.

Por eso, no existía gente más feliz que la de aquella aldea cuyo nombre no recuerdo bien.

Pero un buen día, alguien dijo:

—Deberíamos ser ricos.

No sé si os habréis fijado, pero cuando una persona piensa en la riqueza es como si un gusanito se apoderase de su corazón y lo royera. Ya no vuelve a ser feliz. Se le oscurecen los ojos, se le ponen amarillentas las mejillas y la frente se le transforma en un campo de ceniza.

Fue un viernes, en la tertulia.

Se celebraba la tertulia a la hora del té en casa del poeta Cosme.

Todos los viernes solían darse allí cita los importantes de la aldea para comentar los últimos sucesos. No se había inventado la televisión. Las noticias tardaban en llegar de un pueblo a otro, a lomos de las caballerías, y los campesinos se aburrían muchísimo.

—Es cierto. En otros lugares prosperan aprisa y, en cambio, nosotros... ¿qué hemos conseguido?

Lo dijo Ricino, el boticario. A lo que respondió Floro, el maestro:

—Tenemos una be-be-bella fuente árabe en la plaza ma-ma-mayor.

(Aunque pareciese raro, el maestro era tartamudo).

—Es cierto —corearon los demás.

La fuente árabe era el mayor orgullo de los aldeanos y el monumento artístico más antiguo de los alrededores.

—Pero los palacios se caen de viejos y ni siquiera el Ayuntamiento puede arreglarlos —indicó Ricino.

Floro apuró su taza de té y dijo con énfasis:

—Los pueblos de al-al-alrededor no son tan antiguos. No tienen tanta his-his-historia.

—Sí, sí. Y con no tener historia han conseguido enriquecerse en poco tiempo mucho más que nosotros —contestó el boticario.

—Así es, así es —corearon los asistentes, muy acalorados de pronto.

—Los de Zascandiles del Peral tienen una venta —agregó el comerciante de vinos.

—Y en Orejones han construido una biblioteca con capacidad para veinte mil volúmenes —siguió Panfleto, el bibliotecario.

A lo que Ricino agregó:

—Y hospital. En Muermillos hay hospital.

¿Para qué querrían hospital las gentes de aquella aldea cuyo nombre no recuerdo, si nunca estaban enfermos?

Pero todos asintieron a la opinión de Ricino.

—Nosotros ni siquiera tenemos un verdadero alcalde —dijo alguien.

Esto sí que llegó al corazón de Canuto, el alcalde pedáneo.

No se crea que lo de pedáneo era porque viajaba a pie, no.

Cuando un alcalde es pedáneo quiere decir, ni más ni menos, que no puede tomar decisiones de cierta importancia. Así era Canuto. Estaba obligado a consultar los

asuntos importantes con el alcalde de otro pueblo mayor.

O sea, que allí no había Ayuntamiento con soportales de piedra como el de Orejones, o el de Zascandiles del Peral, o el de Muermillos. Ni veían izar la bandera del reino en el balcón consistorial, ya que no tenían balcón consistorial como el de Orejones, y el de Zascandiles del Peral, y el de Muermillos.

Dicho así, aquello era tristísimo.

—Señores, señores. Respeten mi cargo —se levantó Canuto con lágrimas en los ojos—. Yo siempre he procurado el bien de esta aldea.

—Claro, claro —dijo el que había hablado, un poco arrepentido.

—No tengo la culpa de mi mala suerte —siguió diciendo el alcalde Canuto con voz lacrimosa.

—No faltaría más —apoyaron todos.

—Por e-e-eso nos quejamos —insistió Flo-

ro—. Si tenemos ma-ma-maga, no deberíamos tener mala suerte.

Los importantes de aquella aldea sin nombre, que jamás habían discutido por nada, parecían transformados.

De repente, todos querían ser más ricos que el vecino y mandar mucho más de lo que ya mandaban.

Al fin, después de un rato de trifulca, se decidió hacer una visita a la maga Beremunda antes de que llegase la noche (estúpido error, puesto que en casa de la maga era siempre de noche).

## 2

# La maga Beremunda

La cabaña de Beremunda estaba muy sucia. La anciana padecía reuma y no podía asearla.

La cocina de Beremunda no olía como suelen oler las cocinas de las casas. Allí no solo se hervían legumbres, sino también alas de estornino, dientes de ratón y ojos de murciélago, mezclados con arañas y pelos de oso.

Pero, sobre todo, la cabaña de Beremunda olía a miedo.

El miedo huele, suena y habla. El miedo se mete por las noches entre las rendijas de los ladrillos y por los huecos de las chimeneas, y